

JACOBO O LA SUMISION

Eugene Ionesco

PERSONAJES

JACOBO
 JACOBA, su hermana
 JACOBO, padre
 JACOBO, madre
 JACOBO, abuelo

JACOBO, abuela
 ROBERTA I (los dos papeles deben ser repre-
 ROBERTA II (sentados por la misma actriz.
 ROBERTO, padre
 ROBERTO, madre

Decoración oscura, en grisalla. Una habitación mal arreglada. Una puerta estrecha, bastante baja, en el fondo, a la derecha. En el centro del fondo una ventana -de donde llega una luz pálida- con cortinas sucias. Un cuadro que no representa nada; un viejo sillón raído, polvoriento, en el centro del escenario; una mesita de luz, cosas indefinidas, a la vez extrañas y vulgares, como zapatillas viejas; quizás un canapé desfondado, en un rincón; sillas cojas.

Al levantarse el telón, hundido en el sillón igualmente hundido, JACOBO, con "el sombrero puesto" y ropas demasiado pequeñas para su cuerpo, se halla con el ceño fruncido. A su alrededor se encuentran sus parientes, en pie o quizá bien sentados. Las ropas de los personajes están arrugadas.

La decoración sombría del comienzo deberá transformarse, en la escena de la seducción, mediante la iluminación; luego se hará verdosa, acuática, hacia el final de la misma escena; después se oscurecerá más, al final.

Con la excepción de JACOBO, los personajes pueden llevar máscaras.

JACOBO, MADRE

(llorando). -Hijo mío, mi niño, después de todo lo que se ha hecho por tí! ¡Después de tantos sacrificios! Jamás habría creído eso de tí. Tu eras mi mayor esperanza... Lo sigues siendo, pues no puedo creer, no puedo creer, per Bacco, que te obstinarás. ¡No quieres a tus padres, tus trajes, tu hermana, tus abuelos! Pero piensa, hijo mío, piensa que te alimenté con biberón, que te dejaba secar en tus pañales, como a tu hermana, por lo demás... (A JACOBA) ¿No es así hija mía?

JACOBA

-Sí, mamá, así es, ¡Ay después de tantos sacrificios y tantos sortilegios!

JACOBO, MADRE

-¿Lo ves... lo ves? Fui yo, hijo mío, quien te dio los primeros azotes, y no tu padre, aquí presente, que habría podido hacerlo mejor que yo, pues es más fuerte; no, fui yo porque te quería demasiado. Era también yo quien te privaba del postre, te besaba, te cuidaba, te amansaba, te enseñaba a progresar, a transgredir, a tartajear, quien te llevaba tan buenas cosas de comer en calcetines. Yo te enseñé a subir las escaleras cuando las había, a frotarte las rodillas con ortigas, cuando querías que te picasen. Yo fui para ti más que una madre, una verdadera amiga, un marido, un marino, una confidente, una oca. No he retrocedido ante ningún obstáculo, ante ninguna barricada, para satisfacer todos tus placeres de niño. ¡AH, hijo ingrato! ni siquiera te acuerdas de cuando te

tenía en mis rodillas y te arrancaba tus lindos dientecitos y las uñas de los dedos de los pies para hacerte berrear como un becerro adorable.

JACOBA

-¡Oh, qué lindos son los becerros! ¡Au! ¡Au! ¡Au!

JACOBO, MADRE

¡Y tú callas, testarudo! No quieres oír.

JACOBA

-Se tapa los oídos y adopta una actitud repugnante,

JACOBO, MADRE

-Soy una madre desdichada. He dado a luz un monstruo, ¡y el monstruo eres tú! Tu abuela quiere hablarte. Tropieza es octagónica. Quizá te dejarás conmovir por su edad, su pasado, su porvenir.

JACOBO, ABUELA

(con voz octogónica). -Escucha, escuchame bien: tengo experiencia he dejado mucho atrás. Yo también tenía, como tú, un tío segundo que vivía en tres habitaciones; daba la dirección y los números telefónicos de dos de ellas, pero nunca de la tercera, en la que se ocultaba a veces, pues se dedicaba al espionaje. (JACOBO calla obstinadamente.) No, no he podido convencerlo. Oh, pobres de nosotros!

JACOBA

-También tu abuelo desearía hablarte. ¡Ay, no puede! Es demasiado viejo, centagenario.

JACOBO, MADRE

(llorando). - Como los Plantagenets!

JACOBO, PADRE

-Es sordo y mudo. Tambalea.

JACOBA

-Canta solamente.

JACOBO, ABUELO

(con voz de centagenario). -¡Hum! ¡Hum! ¡Eh! ¡Eh! ¡Hum! Con voz ronca, pero fuerte canta:

Un bo-rra-cho en-can-ta-dor
can-ta-ba en la a-go-nía:
No ten-go die-cio-cho a-ños
y en-tre-tan-to be-bía.

JACOBO calla obstinadamente.

JACOBO, PADRE

-Todo es inútil, no cederá

JACOBA

-Mi querido hermano... eres un malvado. A pesar de todo el inmenso amor que siento por tí, que hincha mi corazón hasta romperlo, te detesto, te excremento. Haces llorar a mamá, lo enervas a papá con sus grandes mostachos feos de inspector de policía y su gentil pie peludo lleno de callos. En cuanto a tus abuelos, mira lo que has hecho de ellos. No estás bien educado. Yo te castigaré. No te llevaré más a mis amiguitas para que las mires cuando hacen pipí. Te creía más cortés. Vamos, no hagas llorar a mamá, ni hagas rabiar a papá. No hagas enrojecer de vergüenza a la abuela y al abuelo.

JACOBO, PADRE

-Tú no eres mi hijo. Reniego de ti. No eres digno de mi raza. Te pareces a tu madre y a su familia de idiotas e imbéciles. En ella eso no tiene importancia, pues es mujer, ¡y qué mujer! Pero no tengo por qué hacer aquí su égloga. Solamente quería decirte esto: educado sin reproches, como un aristócrata, en una familia de verdaderas sanguijuelas, de torpedos auténticos, con todas las atenciones debidas a tu categoría, a tu sexo, al talento que tienes, a las venas ardientes que sabrían expresar, si tú lo quisieras, todo lo que tu sangre misma no podría sugerir sino con palabras imperfectas; tú, a pesar de todo eso, te

muestras indigno, a la vez de tus antepasados de mis antepasados, que reniegan de ti con el mismo derecho de mis antepasados, que reniegan de ti con el mismo derecho que yo, y de tus descendientes, que ciertamente nunca verán la luz del día y preferirán dejarse matar antes mismos de que existan. ¡Asesino! ¡Patricida! Ya nada tienes que envidiarme. ¡Cuando pienso que tuve la idea desdichada de desear un hijo y no una amapola! (A la madre) ¡Tú tienes la culpa!

JACOBO, MADRE

-¡Ay, esposo mío! ¡Yo creí que hacía bien! Estoy completamente y a medias desesperada.

JACOBA

-¡Pobre mamá!

JACOBO, PADRE

-Ese hijo o ese vicio que ves ahí, que ha venido al mundo para vergüenza nuestra, ese hijo o ese vicio sigue siendo una de tus estúpidas historias de mujer.

JACOBO, MADRE

-¡Ay de mí! (A su hijo.) Ya lo ves por tu causa sufro todo eso por parte de tu padre que ya no mastica sus sentimientos y me insulta.

JACOBA (a su hermano).

-A las castañas te lo pan dirán te lo pan dicen a las castañas.

JACOBO, PADRE

-Es inútil que no me mueva y me conmueva por un destino irrevocablemente acolchado. No continuaré aquí. Quiero seguir siendo digno de mis abuelos. Toda la tradición está conmigo. Pongo los pies en polvareda.

JACOBO, MADRE

¡Oh! ¡Oh! ¡Oh! No te vayas (A su hijo.) Ya lo ves, por tu causa tu padre nos abandona.

JACOBA

(suspirando) -¡Marsipiano!

JACOBO, ABUELO (cantando).

-Un... bo... rra... cho... en... can...
ta... dor... can... ta... ba... y mur...
mu ... ra... ba.

JACOBO, ABUELA

(al viejo). -¡Cállate! Cállate! o te la rompo! Le da un puñetazo al viejo en la cabeza y le hunde la gorra.

JACOBO, PADRE

-Irrevocablemente, abandono esta habitación a todo trance, pase lo que pase, Además, nada hay que hacer. Voy a mi habitación de al lado, lío el petate y no me volveréis a ver sino a las horas de comer, algunas veces durante el día y por la noche para descansar. (A JACOBO.) ¡Y tú me devolveras tu cesto! Y decir que todo esto es para regocijar a Júpiter!

JACOBA

-¡Oh, padre! Es la obnubilación de la pubertad.

JACOBO, PADRE

-¡Basta! ¡Es inútil! (se va.) ¡Adiós, hijo de puerco y de puerca, adiós mujer, adiós hermano, adiós hermana de tu hermano! Sale a un paso diciendo.

JACOBA (con amargura).

-De puerca en puerca! (A su hermano.) ¿Cómo puedes tolerar eso? El la insulta insultándose, y viceversa.

JACOBO, MADRE

(al hijo). -Ya lo ves, ya lo ves, te reniega, te maldice. Por lo tanto te legará toda la herencia. ¡Pero no podrá hacerlo, Dios mío!

JACOBA

(a su hermano). -Es la primera vez, si no la última, que le hace a mamá semejante escena, por lo que no se cómo vamos a salir de ella.

- JACOBO, MADRE -Hijo! ¡Hijo! Escúchame, te lo suplico. No respondas a mi valiente corazón de madre, pero háblame, sin reflexionar en lo que dices. Es la mejor manera de pensar correctamente, como intelectual y como buen hijo. (Espera en vano una respuesta; JACOBO calla obstinadamente.) Pero tú no eres un buen hijo. Vamos Jacoba, tú que eres la única con suficiente buen sentido para golpearte en las manos.
- JACOBA -¡Oh, madre, todos los caminos llevan a Roma!
- JACOBO, MADRE -Dejemos que tu hermano se entregue a su consumación lenta.
- JACOBA O más bien a su consumición.
- JACOBO, MADRE (se va llorando y tira de la mano a su hija
- JACOBA que sale de mala gana, volviendo la cabeza hacia su hermano. Al llegar a la puerta. JACOBO, MADRE, pronuncia esta frase, en adelante histórica). -¡Se hablará de ti en los diarios, actógrafo!
- JACOBA -¡Chamarilero!
- Salen dos, seguidas por el abuelo y la abuela, pero todos se quedan espionando en el hueco de la puerta, visibles desde la sala.
- JACOBO, ABUELA -Atención... a su teléfono, es todo lo que puedo decirlos.
- JACOBO, ABUELO (cantando y tambaleando). -De-sa-se-ado pe-ro hon-ra-do el bo-rra-cho- can-ta-ba...
Sale.
(solo, permanece en silencio durante largo rato, absorto en sus pensamientos, y luego dice, serio). -Supongamos que no he dicho nada. Sin embargo, ¿qué quieren de mí?
Silencio
- Un largo instante después vuelve JACOBA. Se dirige hacia su hermano con aire convencido y profundo, se acerca a él, le mira fijamente a los ojos y dice:
- JACOBA -Escúchame, querido hermano, querido colega y querido compatriota. Voy a hablarte entre dos ojos frescos de hermano y hermana. Vengo a ti por última vez, que no será ciertamente la última, pero que quieres, tanto peor. ¿No comprendes que me envían a ti como una carta por correo, sellada, sellada por mis voces aéreas y mi buena sangre?
- JACOBO (que sigue sombrío). -¡Ay, la buena sangre no puede mentir!
- JACOBA (ha comprendido). -¡Ah, por fin! ¡Has soltado la gran palabra!
- JACOBO (desesperado, en el tono más lastimoso).
-Muéstrate digna hermana de un hermano como yo.
- JACOBA -Lejos de mi ese delito. Voy a enseñarte una cosa: yo no soy una abracante, él no es un abracante, ella no es una abracante, tú tampoco eres un abracante.
- JACOBO -¿y entonces?

- JACOBA -No me comprendes porque no me sigues. Es muy sencillo.
- JACOBO -¡Tú lo crees! Para vosotoras, las hermanas, las horas apenas cuentan. ¡pero cuánto tiempo perdido!
- JACOBA -No se trata de eso. Esas historias no me interesan ¡Pero la historia nos contempla!
- JACOBO -¡Oh palabras, cuántos crímenes se cometen en vuestro nombre!
- JACOBA -Voy a decírtelo todo en veintisiete palabras. Helas aquí y procura recordarlas: eres cronometrabable.
- JACOBO -¿Y las demás?
- JACOBA -Eso es todo. Las veintisiete palabras están comprendidas, o comprimidas, en esas dos, según su género.
- JACOBO -¡Cro-no-me-tra-ble! (Asustado, lanza un grito de angustia.) ¡Pero eso no es posible! ¡No es posible!
- Se levanta y camina febrilmente de un lado al otro del escenario.
- JACOBA -Así es, no obstante, Hay que decidirse.
- JACOBO -¡Cronometrabable! ¡Cronometrabable! ¿Yo? (se calma un poco, vuelve a sentarse, reflexiona largamente, hundido en su sillón.) Eso no es posible y si es posible, es espantoso. Pero entonces, yo debo... ¡Cruel indecisión... El registro civil no está en juego. ¡Espantoso, espantoso! Toda la ley se revela contra sí misma cuando no se la defiende.
- JACOBA Sonriendo con aire triunfal, lo deja entregado a su agitación. Sale de puntillas. En la puerta se halla JACOBO, MADRE, que se pregunta en voz baja:
- JACOBO, MADRE -¿Ha dado buen resultado el sistema?
- JACOBA (con un dedo en los labios). -Chitón, mi querida mamá! Esperemos, esperemos el resultado de la operación.
- Salen. JACOBO está agitado y va tomar una decisión.
- JACOBO -Atengámonos a las circunstancias, pues los hilos me obligan a ello! Es duro, pero lo impone la regla. Ella gobierna en estos casos. (Debate de conciencia mudo. Sólo de vez en cuando murmura en voz baja "¿Cro-no-me-tra-ble, cro-no-me-tra-ble?". Por fin, abrumado, dice en voz muy alta:) ¡Pues bien, sí, sí, me gustan las patatas con tocino!
- Jacobo, madre y Jacoba, que espían y sólo esperaban eso, se acercan vivamente, jubilosas, seguidas por los viejos JACOBO,
- JACOBO, MADRE -¡Oh, Hijo mío, eres verdaderamente mi hijo!
- JACOBA (a la madre). -Ya te había dicho que mi idea le haría cambiar de actitud.
- JACOBO, ABUELA -Yo había dicho que para hacer que hiervan las zanahorias cuando están todavía verdes hay que...

- JACOBO, MADRE (a su hija). -¡Vete, zorrita! (Abraza a su hijo, que la deja hacer sin placer.) ¡Hijo mío! ¿Es cierto que te gustan las patatas con tocino? ¡Qué alegría!
- JACOBO (sin convicción). -Sí, me gustan, las adoro.
- JACOBO, MADRE -¡Soy feliz y estoy orgullosa de ti! Repítelo Jacobito, repítelo para que me convenza.
- JACOBO (como un autómatas).-
¡Me gustan las patatas con tocino!
¡Me gustan las patatas con tocino!
¡Me gustan las patatas con tocino!
- JACOBA (a su madre). -Tienes talento. Pero no desgastes a tu hijo si eres verdaderamente una madre maternal. ¡Oh, eso hace cantar al abuelo!
- JACOBO, ABUELO (cantando).-
Un bo-rra-cho en-can-ta-dor
cantaba una canción
melan-có-li-ca y triste
llena de alegría y de luz...
Dejad... a... los... ni-ños
di-ver-tir-se sin re-ir.
Ya ten-drán mucho tiempo
para co-rrer... co-rrer
tras las mu-je-res.
- JACOBO, MADRE (en dirección de la puerta). -¡Ven, Gastón!
¡A tu hijo le gustan las patatas con tocino!
- JACOBO, PADRE (entrando, severo). -¿Es cierto?
- JACOBO, MADRE (a su hijo). -Repítelo a tu padre, mi pequeño Jacobito, lo que has dicho hace un momento a tu hermana y a tu mamita deshecha por la emoción maternal que la revuelve con delicias.
- JACOBO -¡Me gustan las patatas con tocino!
- JACOBA -¡Las adora!
- JACOBO, PADRE -¿Cómo?
- JACOBO, MADRE -Dilo, querido mío.
- JACOBO -Las patatas con tocino. ¡Adoro las patatas con tocino!
- JACOBA -¡Las adora!
- JACOBO, PADRE (aparte). -¿No se habrá perdido todo? sería demasiado bueno, pero no sería demasiado pronto. (A su mujer y a su hija.) ¿Toda la participación?
- JACOBO -Pero sí, papá, ¿no has oído?
- JACOBO, MADRE -Confía en tu hijo... Tu hijo de hijos.
- JACOBO, ABUELA -El hijo de mi hijo es mi hijo... y mi hijo es tu hijo. No hay otro hijo.
- JACOBO, PADRE (a su hijo). -Hijo mío, solemnemente, ven a mis brazos. (No lo abraza.) Basta. Retiro mi renegación. Celebro que adores las patatas con tocino. Te devuelvo a tu raza, a la tradición, al tocino, a todo. (A Jacoba.) Pero además tendrá que creer en las aspiraciones regionales.
- JACOBO, ABUELA -¡También eso es importante!
- JACOBA -Ya llegará, papá, paciencia. ¡No te preocupes, papá!

JACOBO, ABUELO

-El bo-rra-cho cha-ma-nirta

JACOBO, ABUELA

(le da al viejo un golpe en la cabeza). -
-¡Mierda!

JACOBO, PADRE

-Te perdono, pues. Olvido, muy involuntariamente por lo demás, todos tus pecados de juventud así como los míos, y vas, por supuesto, a recuperarte en beneficio de nuestras obras familiares y nacionales.

JACOBO, MADRE

-¡Qué bueno eres!

JACOBA

-¡Oh padre indigente!

JACOBO, PADRE

-Queda convencido. Digiero. (A su hijo) Tú percutirás, por consiguiente. Entonces, persiste.

JACOBO

(con voz apagada). -¡Adoro las patatas!

JACOBA

-No perdamos tiempo.

JACOBO, MADRE

(a su marido). -Gastón, en este caso, si él es así, se lo podría casar. Esperábamos solamente a que hiciese una retracción pública, más bien dos que una, la que ya ha hecho. Jacobo, todo está en regla, el plan previsto de antemano se ha realizado ya, las bodas se hallan completamente preparadas y tu novia está ahí, como también sus padres. Tú Jacobo, puedes quedarte sentado. Tu aire de resignación me satisface. Pero muéstrate cortés hasta las uñas.

JACOBO

-¡Uf! Sí.

JACOBO, PADRE

(bate palmas). -¡Que entre la novia!

JACOBO

-¡Oh! ¡Es la señal convenida!

Entran Roberta, la novia, su padre Roberto y su madre Roberto. El primero que entra es Roberto, padre corpulento, gordo, majestuoso, y luego la madre, rolliza y pesada. Los padres se apartan para abrir paso a Roberta que avanza entre su padre y su madre; está vestida de novia y el velo blanco le oculta la cara. Su entrada debe causar sensación; JACOBO, Madre, alegremente, entrelaza las manos; deslumbrada, levanta los brazos al cielo y luego se acerca a Roberta, la mira de cerca, la toca al principio tímidamente, después la soba con vigor y por fin la huele. Los padres de Roberta la alientan con gestos amistosos y acuciosos. También la abuela debe olfatear a la novia, lo mismo que el abuelo, mientras canta: "Demasiado viejo!... Bo-rra-cho... cha...ma...nirta... Jacobo, Padre, hace lo mismo. Cuando aparece Roberta, Jacoba aplaude alegremente y exclama:

JACOBA

-¡El porvenir es nuestro!

Luego se acerca a Roberta, le levanta el vestido, le grita al oído y por fin la huele. El comportamiento de Jacobo, Padre es más digno y moderado; de todos modos, cambia miradas y gestos amistosos con Roberto, Padre. En cuanto a Roberto, Madre, al final de la escena se encuentra inmóvil en el primer plano, a la izquierda, con una amplia sonrisa beata en los labios. El anciano abuelo hace gestos deshonestos, indecentes, y desearía hacer más si no se lo impidiera la anciana abuela, que dice.

JACOBO, Abuela

-No... hagas... eso... No... lo... hagas... Me poncs... ce... losa...

Mientras los otros huelen a Roberta, Jacobo es el único que no parece impresionado y permanece sentado, impassible. Sólo deja escapar, aparte, una palabra de desprecio:

JACOBO

-¡Saboyana!

Roberto, Madre, que ha oído esa apreciación, parece ligeramente intrigada, pero sólo se trata de una inquietud muy pasajera y vuelve a sonreír. Hace señas a Roberta para que se acerque a Jacobo; pero ella es tímida y no va al primer plano sino conducida, casi arrastrada por Roberto, Padre, y empujada por Jacobo, Madre, y Jacoba. Jacobo sigue sin hacer movimiento alguno y mantiene el rostro inmóvil.

JACOBO, Padre

(se da cuenta de que algo no marcha bien; se mantiene un poco apartado, con las manos en las caderas, y murmura).

-¡Por lo menos no me cogería desprevenido!

alrededor de Jacobo, Hijo, Roberto, Padre, hace el inventario minucioso de su hija, ayudado por Jacoba, Jacobo, Madre, Roberto, Madre, y los abuelos.

ROBERTO, Padre

-¡Tiene pies! ¡Están trufados!

Jacoba levanta el vestido de la novia para que Jacobo se convenza de ello.

JACOBO

(encogiéndose ligeramente de hombros). -Es natural.

JACOBA

-Pero son para caminar.

JACOBO, Madre

¡Para caminar!

JACOBO, Abuela

-¡Caray, y también para patalearte!

ROBERTO, Madre

(a su hija). -Vamos, pruébaselo.

Roberta camina en efecto, con sus pies,

ROBERTO, Padre

-¡Tiene manos!

ROBERTO, Madre

-Muéstraselas.

Roberta le muestra a Jacobo una mano y casi le mete los dedos en los ojos.

JACOBO, Abuela

(no la escuchan). -¿Quieren ustedes un consejo?

JACOBA

- Para frotar.

JACOBO

-¡En efecto! ¡En efecto!... Sin embargo, lo sospechaba.

ROBERTO, Padre

-Dedos de los pies.

JACOBA

-¡Para aplastárselos!

JACOBO, Madre

-¡Así es, hijo mío!

ROBERTO, Padre

-Axilas

JACOBA

¿Para las vajillas?

JACOBO, Madre

-Seguramente.

JACOBO, Abuela

(no la escuchan). -¿Quieren un consejo?

ROBERTO, Madre

-¡Y qué pantorrillas! ¡Verdaderas pantorrillas!

- JACOBO, Abuela -¡Caray, sí, como en mi tiempo!
- JACOBO (desinteresado). -Mélachitón lo hacía mejor!
- JACOBO, Abuelo (Canta). Un bo... rra... cho chamanirta...
- JACOBO, Abuela (al viejo). -Pero cortéjame, eres mi marido.
- JACOBO, Padre -Escúchame bien, hijo mío. Supongo que has comprendido.
- JACOBO (resignado, asiente). -¡Oh sí, por supuesto... Olvidaba...
- ROBERTO, Padre -Tiene caderas...
- JACOBO, Madre -Claro que sí. ¡Son para comer mejor, hijo mío!
- ROBERTO, Padre -Y además granos verdes en la piel de color de lana cruda, senos rojos sobre fondo malva, un ombligo iluminado, una lengua en salsa de tomate, hombros engrasados y todos los bifes necesarios si se considera bien. ¿Qué más te hace falta?
- JACOBO, Abuelo (canta). -Un bo... rra... cho... cha... ma... nirta...
- JACOBA (mueve la cabeza y levanta y deja caer los brazos). -¡Oh qué hermano me han encajado!
- JACOBO, Madre -Siempre ha sido difícil. Me costó educarlo. Sólo le gustaba el rilalá.
- ROBERTO, Madre -¡Pero es incomprensible, increíble, ¡jamás me lo hubiera imaginado! Si lo hubiera sabido a tiempo habría tomado precauciones.
- ROBERTO, Padre (orgulloso y un poco herido). -Es nuestra hija única.
- JACOBO, Abuelo (canta). -Un bo... rra... cho cha... ma... nirta...
- JACOBO, Madre -¡Cómo lo siento!
- JACOBO, Padre -¡Jacobó, es mi última advertencia!
- JACOBO, Abuela ¿¿Quieren un consejo?
- JACOBO -¡Bueno! ¡Accedo! Lo aceptaré lo mismo que las patatas.
- Alivio general, reforescencia, felicitaciones.
- JACOBA -Sus sentimientos distinguidos terminan siempre imponiéndose.
- Sonríe a JACOBO
- JACOBO, Padre -Por supuesto, es dinto. Diga..
- JACOBO, Padre -Sólo abrigo una incertidumbre: ¿tiene... agujeros?
- JACOBO, Abuelo (Alegre). -¡ji, Ji, Ji!
- ROBERTO, Madre -¡Oh, eso...!
- Roberto, Madre -Quizá sea preguntar demasiado.
- ROBERTO, Padre -Yo creo... que sí... debe tenerlos... pero no podría asegurarle...
- JACOBO, Padre -¿Dónde?
- JACOBA -Pero papá, ¿dónde ha de tenerlos? ¡En los agujeros papá!
- JACOBO, Padre -Perfecto, es perfecto. Quedo plenamente satisfecho. De acuerdo.

- JACOBO, Abuela -¿Quiéren un consejo?
- ROBERTO, Madre -¡Ah... qué suerte!
- ROBERTO, Padre -¡Yo sabía que todo saldría bien!
- JACOBO, ABUELO (canta). -Un bo... rra... cho... chamanirta... en las calles de París... (Baila)
- JACOBO, Madre -En resumen, nada tendrán que temer. ¡Es el cromo y la crema!
- Un... bo... rra... cho... chamanirta... en las calles de París... (Baila)
- JACOBO, Madre -En resumen, nada tendrán que temer. ¡Es el colmo y la crema!
- JACOBO, Padre (a su hijo). -¡Bueno! El negocio está hecho. ¡He aquí la elegida a regañadientes de tu corazón!
- JACOBO, Madre -La palabra corazón siempre me hace llorar.
- ROBERTO, Madre -También a mí me enternece.
- ROBERTO, Padre -¡Es la veracidad!
- JACOBA -¡Oh, no hay que asombrarse! Todos los padres sienten así. Es una especie de sensibilidad propiamente dicha.
- JACOBO, Padre -¡Tiene importancia para nosotros!
- JACOBA -No te enojés, papá. Lo he dicho inconscientemente, pero a sabiendas.
- JACOBO, Abuela -¿Quiéren un consejo?
- JACOBO, Padre -¡Oh, mi hija siempre sabe arreglar las cosas! Es su oficio, por lo demás
- ROBERTO, Madre ¿Qué oficio tiene?
- JACOBO, Madre -Ninguno, querida.
- ROBERTO, Padre -Es muy natural.
- JACOBO, Padre -No es tan natural, pero es propio de su edad. (Cambiando de tono.) Ahora, para terminar, pongamos a los novios frente a frente. Y veamos la cara de la joven novia. (A ROBERTO, padre y madre.) No es más que una simple formalidad.
- ROBERTO, Padre -Hágalo, se lo ruego: es normal.
- ROBERTO, Madre -Yo iba a proponérselo.
- JACOBA, Abuela (Molesta). -¿Quiéren un consejo?... ¡Vayan al diablo!
- JACOBA -¡Vamos, veamos la cara de la novia!
- ROBERTO, Padre aparta el velo que ocultaba el rostro de Roberta. Ella sonríe y tiene dos narices. Murmullos de admiración, con excepción de Jacobo.
- JACOBA -¡Oh, es encantadora!
- ROBERTO, Madre -¿Qué les parece?
- JACOBO, Padre -¡Ah, si yo tuviese veinte años menos!
- JACOBO, Abuelo -¡Y yo... ha... y yo!
- ROBERTO, Padre -¡Ah, ah, veinte años al número! ¡A la española!

- JACOBO, Padre - ¡Todo lo posible!
- JACOBO, Madre - Debe estar usted orgulloso. Tiene suerte. Mi hija no tiene más que una.
- JACOBA - No te preocupes, mamá.
- JACOBO, Padre (a Jacoba). - La culpa la tiene tu madre.
- JACOBO, Madre - ¡Ay, Gastón, siempre haciéndose reproches!
- JACOBA - Este no es el momento, papá. ¡Es un día tan hermoso!
- ROBERTO, Padre (a Jacobo) - No dice usted nada? ¡Abrácela!
- JACOBO, Abuela - Hijos míos, ¿quereís un consejo?... ¡Al diablo!
- ROBERTO, Madre - ¡Eso va a ser encantador! ¡Oh hijos míos!
- JACOBO, Padre (a Jacobo). - En fin, ya eres un hombre. Mis gastos serán reembolsados.
- ROBERTO, Madre - Vámos, yerno mío.
- JACOBA - Vamos, hermano mío, mi hermana.
- ROBERTO, Padre - Os entenderéis bien los dos.
- JACOBO, Madre (a Gastón). - ¡Oh verdaderamente han sido hechos el uno para el otro, así como todo lo que se dice en semejante ocasiones! (Roberto, padre y madre, Jacobo, padre y madre, y Jacoba, dicen.) ¡Oh, hijos míos
Aplauden con entusiasmo.
- JACOBO, Abuelo - Un bo... rra... cho cha... ma... nirta!
- JACOBO - ¡No! ¡No! ¡Ella no tiene bastante! ¡Necesito una con tres narices! Repito: ¡con tres narices por lo menos!
Estupefacción general, consternación.
- JACOBO, Madre - ¡Oh, qué malvado es!
- JACOBA (Consuela a su madre, mientras dice a su hermano).
- ¿No piensas en los pañuelos que necesitaría en invierno?
- JACOBO - Es lo que menos me preocupa. Por otra parte, estarían comprendidos en la dote.

Durante todo este tiempo Roberta no comprende en absoluto lo que sucede.

Los abuelos están al margen de la acción. De vez en cuando el viejo quiere cantar, y la vieja dar un consejo. Entretanto bailan e imitan vagamente la acción.

- JACOBO, Padre - ¡Tomo mi valija! ¡Tomo mi valija! (A su hijo). Tus sentimientos distinguidos no se imponen, por lo que se ve! ¡Insensato! Escúchame bien: la verdad no tiene más que dos caras, pero su tercer lado es el mejor. ¡He dicho! Por lo demás, me lo esperaba.
- ROBERTO, Madre - Es fastidioso... fastidioso... pero no tanto... Si no se trata nada más que de eso, todo puede arreglarse todavía.
- ROBERTO, Padre (jovial). - La cosa no tiene importancia, nada malo ha sucedido, señores y señoras. (Golpea a Jacobo, quien sigue crispado, en los hombros.) Habíamos previsto este incidente. tenemos a su disposición una segunda hija única. Y esa tiene tres narices completas.
- ROBERTO, Madre - Es trinitaria. En todo, por lo demás, y para todo.

- JACOBO, Madre -¡Ah, qué alivio!. Es que el porvenir de los hijos... ¡Bravo! ¿Has oído, Jacobo?
- JACOBA -¿Has oído, coliflor?
- JACOBO, Padre Probemos otra vez. Pero ya no tengo mucha fe. Si ustedes tienen...
Lanza a su hijo miradas llenas de ira.
- JACOBO, Madre -¡Oh, Gastón, no digas eso! Yo confío. Eso se arreglará.
- ROBERTO, Padre -No teman. Van a ver. (Toma a Roberta de la mano y la hace salir. Vuelve la cabeza y repite.) Van a ver.
- JACOBO, Padre se muestra descontento; Jacobo, Madre, inquieta pero con esperanza, mira de soslayo a su hijo; Jacoba tiene el rostro severo y mira a su hermano con aire de desaprobación; Roberto, Madre, sonríe.
- ROBERTA (antes de desaparecer). -Hasta la vista, público!
Hace una reverencia
- JACOBO, Madre -¡qué linda es, sin embargo!
- ROBERTO, Madre -Eso no es nada, le aseguro. Va a ver cómo tampoco podrá quejarse de la otra.
- JACOBO -¡Una con tres narices! ¡Por lo menos una con tres narices! No es, sin embargo, tan difícil.
- JACOBA -La misota no es tigre. Con eso está dicho todo.
- ROBERTO, Padre vuelve llevando de la mano a Roberta II, vestida del mismo modo -el papel debe ser desempeñado por la misma actriz-, con el rostro de tres narices descubierto.
- JACOBA -¡Emocinan e! ¡Oh, hermano, esta vez no podrás pretender más!
- JACOBO, Madre -¡Oh, hijo mío! ¡Hijos míos! (A Roberto Madre.) ¡Debe sentirse usted soberanamente orgullosa!
- ROBERTO, Madre -Un poco, mucho... ¡no está mal, por supuesto!
- ROBERTO, Padre (se acerca a Jacobo llevando a su hija de la mano). Como ve, querido, tiene usted suerte. ¡En botella! Su deseo ha sido especialmente satisfecho. ¡He aquí, he aquí a su novia con tres narices!
- ROBERTO, Madre -He aquí a su novia con tres narices.
- JACOBA -Hela ahí, hela ahí.
- JACOBO, Madre -Querido, ahí la tienes, es tuya tu noviecita con tres narices, tal y como la querías.

- JACOBO, Padre -¿Cómo? ¿Callas? ¿No la ves? ¡Ahí tienes a la mujer que te gusta con sus tres narices!
- JACOBO -No, no la quiero. No es bastante fea. Es incluso aceptable. Hay otras más feas. Yo quiero una mucho más fea.
- JACOBA -Entonces, ¿qué es lo que necesitas?
- ROBERTO, Padre -¡Esto es demasiado! ¡Es intolerable! ¡Inadmisible!
- ROBERTO, Padre (a Roberto, Padre). -No vas a permitir que se burlen de tu hija, de tu esposa y de tí mismo. Sí, nos han atraído aquí como a una trampa para burlarse de nosotros.
- JACOBO, Madre (solloza). -¡Ay, ay, Dios mío! ¡Jacob, Gastón, Jacob, mal hijo! ¡Si lo hubiera sabido, habría debido estrangularte en tu última cuna, sí, con mis manos maternas! ¡O abortar! ¡O no concebirte! ¡Yo, yo que era tan dichosa cuando estaba encinta de tí... de un varón ¡mostraba tus fotografías a todo el mundo, a los vecinos, a los guardias municipales... ¡Ay, ay, soy una madre desdichada!
- JACOBA ¡Mamá! ¡Mamá!
- Consejo de la abuela: Canción entrecortada del abuelo.
- ROBERTO, Padre -No lo toleraré ¡Ah, no, no lo toleraré!
- ROBERTO, Madre ¡No cometas una fechoría!
- ROBERTO, Padre ¡Exijo reparaciones, excusas, explicaciones, y un lavamiento total de nuestro honor que, no obstante, jamás conseguirá nadie destruir! Por lo menos concurrentemente...
- JACOBO, Madre -¡Ay! ¡Ay! ¡Ay! ¡La palabra concurrentemente me ha hecho siempre gemir, pues evoca la concurrencia!
- JACOBA -¡Mamá, mamá, no te aporrees los sesos! ¡No merece la pala!
- JACOBO, Padre ¡Que quieren que haga yo! Es la suerte la que lo ha querido así. (A su hijo.) Tu actitud es incalificable. En adelante ya no tendrás necesidad de respeto. ¡No cuentes con él!
- JACOBO, Madre ¡AY! ¡AY! ¡AY! ¡AY!
- Ja
- JACOBA ¡Mamá, mamá, mi batata, mamá!
- JACOBO ¡No es bastante fea!
- ROBERTO, Madre ¡Qué insolente! (A Jacob, Madre.) Es vergonzoso, señora.
- JACOBO (a Roberto, Madre). -¡Déjela! Se va a sentir mal.
- ROBERTO, Padre (a Jacobo). -Pues bien, entonces, infeliz. ¿qué es lo que necesitas? ¿mi hija no es bastante fea?
- ROBERTO, Madre (a Jacoba). -¡Me importa un comino que se sienta mal tu madre! ¡Tanto mejor!
- ROBERTO, Padre (a Jacobo). -¡Qué no es bastante fea! ¡Que no es bastante fea! ¿La has mirado bien, tienes ojos?
- JACOBO -Puesto que lo digo que no la encuentro bastante fea...
- JACOBO, Padre (a su hijo). -¡Ni siquiera sabes lo que dices!
- JACOBO, Madre -¡Ay, ay, ay!
- ROBERTO, Padre ¿Que no es bastante fea? ¿mi hija, mi hija, a la que he dado una educación tan complicada? ¡No salgo de mi asombro! ¡No faltaba más!
- JACOBA (a su madre). -No te desmayes ahora. Espera al final de la escena.
- ROBERTO, Madre -¡Habrá que demandarlos!. ¡Exigirás sanciones!

- JACOBO, Madre (a Jacoba). -¿Al final de la semana?
- JACOBA (a su madre). -No, al final de la escena... de esta escena.
- JACOBO, Padre -Así son las cosas. Nadie tiene la culpa.
- ROBERTO, Madre -¡La culpa la tienen todos ustedes! ¡Banda de cochinos! ¡Crápulas! ¡Potrosos! ¡Boches!
- JACOBO, Madre -¡Ay! ¡Ay! ¿Vaa durar mucho eso?
- JACOBA -No lo creo.
- JACOBO, Madre -¡Ay! ¡Ay! ¡Ay!
- JACOBO -¿Qué quieren que haga yo sino es bastante fea? Las cosas son así y nada más.
- ROBERTO, Madre -Sigue insultándonos ese boquirrubio.
- JACOBO, Padre ¡No conoces a las mujeres!
- ROBERTO, Padre (a Jacobo). -¡No mereces la pena de tomar ese airecillo fotogénico! No eres mas listos que nosotros.
- JACOBO ¡Ella no es fea! ¡No es fea! Ni siquiera revuelve la leche. Incluso es bella.
- ROBERTO, Madre ¿Tienes aquí leche para ver?
- ROBERTO, Padre -No quiero verlo, fanfarronea. Sabe que la leche se revolvería. Pero eso no le conviene a ese cochinito. No dejaré así las cosas. Voy a...
- Intervienen los abuelos: consejo y canción.
- ROBERTO, Madre (a su marido). -¡No, te lo ruego, Roberto-Cornelio, nada de eso aquí, nada de sangre en las manos! ¡No seas tan asesino! Apelaremos directamente a la justicia... al palacio de justicia, con todos nuestros paltos.
- JACOBO, Padre (con voz terrible). -¡El asunto no me interesa ya! (A Jacobo.) ¡Te deshonor para siempre, como cuando tenías dos años! (A todos los demás.) ¡Y a ustedes también, los deshonor a todos!
- JACOBO -Bueno, tanto mejor. También eso pasará en seguida.
- JACOBO, Padre se dirige hacia su hijo. Un momento de silencio muy tenso, interrumpido por:
- JACOBO, Madre -¡Ay! ¡Ay! ¡Ay!... ¡Ca-ca-ca-ca! Se desmaya
- JACOBA -¡Mamá! ¡Mamá!
- De nuevo un silencio intenso.
- JACOBO, Padre (a su hijo). -Nos has mentido. Yo lo sospechaba y no me he engañado. ¿Quieres que te diga la verdad?
- JACOBO -Sí, pues sale por la boca de sus hijos.
- JACOBO, Padre (a su hijo). -Nos has mentido hace un momento...
- JACOBA (junto a su madre). -Mamá... Ma...
- Se interrumpe y vuelve la cabeza, como todos los demás personajes, hacia los dos Jacobo. Jacobo, Madre, vuelve en sí para oír las palabras graves que se van a decir.
- JACOBO, Padre (a su hijo). -...cuando nos declaraste, bajo cargo de conciencia, que adorabas las patatas con tocino. ¡Sí, nos has mentido innoblemente, mentido, mentido! ¡A la menta! No era sino una treta indigna de aprecio que todos sentíamos por tí en esta casa de buenas tradiciones desde tu infancia.

La realidad es que no me gustan las patatas con tocino, que no te han gustado nunca. ¡No te gustarán nunca!

Estupefacción, horror sagrado, recogimiento silencioso.

Consejo de la abuela. Canción del abuelo

JACOBO

-¡Las execro!

ROBERTO, Padre

-¡Qué cinismo!

JACOBA

-¡Ay de mí! ¡Hasta ese extremo, mi hermano fresco?

ROBERTO, Madre

-¡Hijo desnaturalizado de una madre y un padre desdichados!

JACOBO, Madre

-¡Coooh!

JACOBO, Padre

-¡que esto nos sirva de revelación!

JACOBO

-Que eso les sirva de revelación o no... Y si puede servirles de revelación, tanto peor para ustedes... Yo nada puedo hacer, he nacido así... ¡He hecho todo lo que podía! (Pausa.) Soy lo que soy...

ROBERTO, Madre

(cuchichea). -Qué corazón insensible!
No se le estremece una fibra del rostro.

ROBERTO, Padre

(cuchichea). -Es un extranjero intransigente. Peor.

Los personajes, salvo Jacobo, se miran. Miran también a Jacobo, mudo, en su sillón, y vuelven a mirarse unos a otros en silencio. La última réplica de Jacobo hijo, ha creado una atmósfera de horror reprimido. Jacobo es verdaderamente un monstruo. Todos se van en puntillas. Roberta II, quien durante la última escena no ha pronunciado una palabra, pero que, mediante gestos un tanto desamparados, una actitud de desaliento y un abatimiento, ha puesto de manifiesto que era sensible al desarrollo de la acción, está desorientada. Durante un instante parece que desea seguir a sus padres y da un paso hacia la salida, pero un gesto de su padre la contiene.

ROBERTO, Padre

(a su hija). -Tú... vigila y cumple tu deber.

ROBERTO, Madre

(melodramática). -Quédate, desdichada, con tu amante, puesto que eres su presunta esposa.

ROBERTA II

hace un gesto de desesperación, pero obedece.

JACOBO, Padre

Jacobo, Madre, Jacoba, Roberto, Padre y Roberto, Madre, salen de puntillas, horrorizados, lanzando de cuando en cuando miradas hacia atrás, deteniéndose con frecuencia y murmurando:

No le gustan las patatas con tocino.

-¡No, no le gustan!

-¡Las execra!

-¡Los dos son iguales!

-Están pintiparados el uno para el otro.

-Los hijos de ahora...

-No hay que contar con su agradecimiento.

-No les gustan las patatas con tocino.

Salen. Los abuelos salen también, más sonrientes, ajenos a la acción. Todos se quedan espionando detrás de la puerta, y asoman la cabeza, uno, dos o tres al mismo tiempo, con frecuencia. Sólo se verán sus cabezas grotescas.

ROBERTA II, tímida, humildemente, se decide con esfuerzo a ir a sentarse frente a Jacobo, quien, siempre con el sombrero puesto, tiene el rostro ceñudo. Silencio.

Roberta II (trata de interesarlo, y luego, poco a poco, de seducirlo). -Yo soy naturalmente muy alegre. (Lo dice con una voz macabra.) Usted lo advertiría si quisiera... Soy excéntrica... Soy la jovialidad en la desgracia... el trabajo... la ruina... la desolación... ¡ay!, ¡ay!, ¡ay!... el pan, la paz, la libertad, el duelo y la alegría. (Sollozando) Me llaman la alegría al alcance de la mano... la angustia alegre... (Jacobo calla.) ¿Reflexiona usted? Yo también tengo a veces mis reflexiones, pero en un espejo. (En un momento dado se atreverá a levantarse, a caminar, a acercarse a Jacobo, y a tocarlo, cada vez más segura de sí misma) Yo soy la alegría de la muerte en vida... la alegría de vivir, de morir. (Jacobo sigue obstinadamente silencioso.) Me llaman también la primogénita feliz...

JACOBO

-¿A causa de su nariz?

ROBERTA II.

-No, porque soy mayor que mi hermana...

Señor:

No hay dos como yo en el mundo.
Soy ligera y mi amor es profundo
No soy seria ni frívola
Entiendo en el trabajo agrícola.
Hago también otros trabajos
más bellos, menos bellos, igualmente bajos.
Como esposa o señorita
soy justamente lo que usted necesita.
Soy decente e indecente.
Conmigo su vida sería excelente.
Toco el piano,
enseño el año,
tengo excelente instrucción
y una buena educación.

JACOBO

-¡Hablemos de otra cosa!

ROBERTA II

-¡Ah!... Lo comprendo, usted no se parece a los otros. Es un ser superior. Todo lo que le he dicho era falso.. sí... He aquí algo que le va a interesar.

JACOBO

-Me interesará si es la verdad.

Roberta II. Quise tomar un baño. En la bañera llena hasta el borde vi un conejo de Indias completamente blanco que se había instalado allí. Respiraba bajo el agua. Me incliné para verlo de más cerca: vi que apenas se le estremecía el hocico. Estaba tan tranquilo. Quería sumergir mi brazo en el agua para cogerlo, pero tenía demasiado miedo de que me mordiera. Dicen que esos naimalitos no muerden, pero nunca se puede estar seguro. El me veía, me espiaba y se mantenía muy cerca. Había entreabierto un ojo pequeñito y me miraba inmóvil. No parecía vivo. Lo estaba, sin embargo. Yo lo veía de perfil y quise verlo de frente. Levantó hacia mí su cabecita con sus ojitos sin ver el cuerpo. Como el agua estaba muy clara, pude ver en su frente dos manchas oscuras, de color castaño quizás. Mirándolas bien observé que se hinchaban suavemente, como excrescencias... Eran dos conejitos de Indias húmedos y blandos, sus cachorrillos, que crecían allí...

JACOBO (frío)

-¡Ese animalito en el agua es el cáncer! Es seguramente el cáncer lo que vio usted en su sueño. Es seguramente eso.

ROBERTA II.

-Lo sé

JACOBO

¡Ah, usted me inspira confianza!

ROBERTA II

-Entonces hable.

JACOBO

Cuando nací estaba próximo a cumplir catorce años. Por eso pude darme cuenta, con más facilidad que la mayoría, de lo que se trataba. Sí, comprendí en seguida. No quise aceptar la situación. Lo dije francamente. No admitía eso. Pero no fue a quienes usted conoce y que estaban aquí hace un momento a quienes dije eso, sino a otros. Los que usted conoce no comprenden muy bien... no... no... pero lo sentían y me aseguraron que lo remediarían. Me prometieron condecoraciones, derogaciones, decoraciones, flores nuevas, otro papel pintado, otro fondo sonoro, muchas cosas más. Yo insistí. Me juraron que me darían satisfacción. Juraron volvieron a jurar, me dieron la promesa, formal, oficial, presidencial, registrada... Yo hice otras críticas y por fin les declaré que prefería retirarme, ¿comprende usted? Me respondieron que me echarían mucho de menos. En resumen, les planteé mis condiciones absolutas. Dijeron que eso debía cambiar, que tomarían medidas útiles. Me suplicaron que esperara, apelando a mi comprensión, a todos mis sentimientos, a mi amor, a mi compasión. Me aseguraron que eso no duraría mucho tiempo. En cuanto a mi persona, debía gozar de la mayor consideración... Para engatusarme me hicieron ver especies de praderas, de montañas, algunos océanos... marítimos, naturalmente... un astro, dos catedrales elegidas entre las mejores. Las praderas no estaban mal del todo y me dejé atrapar. Todo era falso. Me mintieron. ¡Han pasado siglos y más siglos! La gente... todos tenían la palabra bondad en la boca y el cuchillo ensangrentado en los dientes... ¿Me comprende? He aguardado con paciencia, con paciencia. Debían venir a buscarme. He querido protestar, pero no había nadie, salvo esos que usted conoce y que no cuentan. Me han engañado... ¿Y cómo puedo salir? Han tapado las puertas y las ventanas con nada, han quitado las escaleras... Ya no se puede subir al desván, ya no hay modo de subir... Sin embargo, no han dicho que han dejado escotillones un poco en todas partes... Si pudiera encontrarlos... Estoy decidido a irme. Si no se puede pasar por el desván, queda el sótano... sí, el sótano... Es mejor pasar por el sótano que quedarme aquí. Todo es preferible a mi situación actual, hasta un presidio.

ROBERTA II -Sí, el sótano... Conozco todos los escotillones.

JACOBO -Podría entredarnos.

ROBERTA II Escuche: tengo caballos, sementales, yeguas. No tengo más. ¿Le gustan?

JACOBO -Sí. Hábleme de sus caballos.

ROBERTA II Donde vivo hay un vecino que es molinero. Tiene una yegua que ha parido dos hermosos potros, muy graciosos, muy lindos. La perra también parió dos cachorritos en la cuadra. El molinero es viejo y anda mal de la vista. Se llevó a los potrillos, en vez de a los cachorros; para ahogarlos en el estanque.

JACOBO -¡Ah! ¡Ah!

ROBERTA II Cuando se dio cuenta de su error era ya demasiado tarde. No pudo salvarlos.

JACOBO (un poco divertido, sonrie). -¿Sí? ¡Hum!

A medida que Roberta relata su historia la sonrisa de Jacobo se va convirtiendo en una risa cada vez más amplia, pero todavía tranquila.

- ROBERTA II (los dos muy lentamente al comienzo; declamación; el movimiento se intensificará progresivamente durante la siguiente escena y se moderará al final). -No, no, no pudo salvarlos. Pero tampoco eran los potrillos los que había ahogado. En efecto, cuando volvió a la cuadra el molinero vio que los potrillos estaban allí con su mamá; y también estaban los cachorros con su mamá, que ladraba. Pero su propio hijo, su bebé que acababa de nacer, no estaba ya junto a la madre, la molinera. Por otro tanto era a él quien había arrojado al agua. Corrió al estanque. El niño le tendía los brazos y gritaba: ¡Papá, papá! Era un espectáculo desgarrador. Ya no se veía más que su bracito que decía: ¡Papá, papá! ¡Mamá!, ¡mamá! Y luego se hundió. Eso fue todo. No se lo ha vuelto a ver. El molinero se volvió loco. Mató a su mujer, lo rompió todo, prendió fuego a la casa y se ahorcó.
- JACOBO (muy satisfecho con la narración). -¡Qué error trágico! ¡Qué error sublime!
- ROBERTA II -Pero los potrillos retozan en la pradera y los cachorros han crecido mucho.
- JACOBO -Me gustan sus caballos. Son seductores. Hábleme de otro perro, de otro caballo.
- ROBERTA II ¿Del que se hundió en el pantano, el enterrado vivo al que se oye saltar y rugir y que hace que tiemble su tumba antes de morir?
- JACOBO -De éso o de cualquier otro.
- ROBERTA II ¿Quiere que le hable del caballo del desierto, de la ciudad del Sahara?
- JACOBO (interesado cada vez más como a su pesar). ¡La metrópoli del desierto!
- ROBERTA II -Todo es de ladrillo, todas las casas son de ladrillo, los adoquines arden... el fuego corre por debajo... el aire es seco, el polvo completamente rojo.
- JACOBO -Fuego en polvo.
- ROBERTA II -Los habitantes están muertos desde hace mucho tiempo y sus cadáveres yacen secos en las casas.
- JACOBO -Detrás de los postigos cerrados. Detrás de las rejas de hierro enrojecido.
- ROBERTA II -No hay un hombre en las calles vacías. Ni un animal, ni un pájaro, ni una hierba, ni siquiera seca. Ni una rata, ni una mosca.
- JACOBO -¡Es la metrópoli de mi porvenir!
- ROBERTA II -De pronto, a lo lejos, un caballo que relincha... ¡han! ¡han! ¡han! y que se acerca... ¡han! ¡han! ¡han! ¡han!
- JACOBO (feliz de pronto). -¡Sí, es eso!... ¡Han! ¡han! ¡han!
- ROBERTA II -Se acerca al galope, al galope...
- JACOBO -¡Han! ¡han! ¡han!
- ROBERTA II -Llega a la gran plaza vacía. Ahí está... Relincha, da la vuelta al galope... da la vuelta al galope.
- JACOBO -¡Han! ¡han! ¡han! ¡A toda velocidad, al galope, a toda velocidad, al galope! ¡Oh, sí, han, han, han, han! ¡Al galope, al galope, a todo galope!

- ROBERTA II ¡Los cascos hacen clic, clac, lic, clac, al galope, echan chispas! Clic, clac... clac... clac...
- JACOBO -¡Oh, sí, sí, bravo! Sé, sé lo que va a pasar... ¡Pero pronto... pronto... la continuación! Bravo!
- ROBERTA II -Se estremeco... tiene miedo... el semental...
- JACOBO -Sí bravo!... Relincha, grito de terror... ¡Han!... ¡Han!... ¡Relincha de terror, han, han! ¡Apresurémonos!... ¡Apresurémonos!
- Una crin inflamada pasa de un lado a otro del escenario.
- ROBERTA II -¡Oh, no escaparé!... No tema... Da vueltas en redondo, galopa en redondo.
- JACOBO -¡Bravo, eso es! Lo veo... Tiene una centella en la crin. Sacude la cabeza... ¡Ah! ¡ah! ¡ah! ¡Eso le quema! Le hace daño!
- ROBERTA II -¡Tiene miedo! ¡Galopa! ¡En redondo! ¡Se encabrita!
- JACOBO ¡Su crin se inflama! ¡Que bella crin! Grita, relincha. ¡Han! ¡Han! El fuego salta... Su crin se inflama. Su crin arde. ¡Han! ¡Han! ¡Arde! ¡Han! ¡Han! ¡Han!
- ROBERTA II -Cuahto más galopa tanto más se abrasa. ¡Está loco, tiene miedo, le duele... se abrasa, se abrasa por completo!
- JACOBO -¡Han! ¡Han! Salta. Oh, qué saltos flamígeros, flamígeros, flamígeros! ¡Grita, se encabrita! Despacio, despacio, Roberta. Es demasiado rápido... No tan de prisa.
- ROBERTA II (aparte) -¡Oh! me ha llamado por mi nombre... ¡Va a amarme!
- JACOBO -Arde demasiado rápidamente... ¡Eso va a terminar!... Haga que dure más el fuego.
- ROBERTA II -Es el fuego el que va tan de prisa; las llamas salen de las orejas y de los ollares, el humo denso...
- JACOBO -Relincha de miedo, relincha de dolor. ¡Cómo salta! ¡Tiene alas de llamas!
- ROBERTA II -Qué bello está!. Se pone todo rosado, como una pantalla enorme. Quiere huir. Se detiene, no sabe qué hacer... Sus herraduras humean y se enrojecen. ¡Haan! A través de su piel transparente se ve arder el fuego adentro ¡Han! ¡Llamea, es una antorcha viva!... Ya no queda más que un puñado de cenizas... Ya no existe, pero todavía se oye a los lejos el eco de sus alaridos, que se van debilitando, como los alaridos de otro caballo en las calles vacías.
- JACOBO -Tengo la garganta seca, lo que me da sed. ¡Agua, agua! ¡Ah, cómo ardía el semental! ¡Que bello estaba!... ¡Que llama!... ¡Ay! (Agotado) Tengo sed...
- ROBERTA II -Ven... no temas... Estoy húmeda... Tengo un collar de barro, mis senos se funden, mi pelvis está blanda, tengo agua en las grietas. Me sumerjo. Mi verdadero nombre es Elisa. En mi vientre hay estanques, pantanos... Tengo una casa de arcilla. Tengo siempre frío. Hay musgo, moscas gordas, cucarachas, cochinillas, sapos. Bajo sobrecamas mojadas se hace el amor... y se hincha de dicha. Yo te enlazo con mis brazos que son como culebras; con mis muslos blandos... Tú te hundes y te plantas... en mis cabellos que llueven. Mi boca mana, manan mis piernas, mis hombros desnudos manan, mis cabellos manan, todo mana, fluye, todo mana; el cielo mana, las estrellas manan, manan, manan...

- JACOBO (extasiado). -¡En-can-ta-dor!
- ROBERTA II -Póngase cómodo. Quítese esto (señala el sombrero) que le cubre. ¿Qué es eso? ¿O quién es?
- JACOBO (todavía extasiado). -En-can-tan-dor.
- ROBERTA II ¿Qué es lo que tiene en la cabeza?
- JACOBO ¡Adivínelo! Es una especie de gato. Lo tengo en la cabeza desde el alba.
- ROBERTA II -¿Es un castillo?
- JACOBO -Lo conservo en la cabeza durante todo el día. Nunca me lo quito ni en la mesa, ni en los salones. No me sirve para saludar.
- ROBERTA II ¿Es un camello?
- JACOBO -Da pataditas, pero sabe trabajar la tierra.
- ROBERTA II -¿Es un arado?
- JACOBO -A veces llora.
- ROBERTA II -¿Es una pena?
- JACOBO -Puede vivir bajo el agua.
- ROBERTA II -¿Es un gobio?
- JACOBO -También puede flotar en la ola.
- ROBERTA II -¿Es una lancha?
- JACOBO -Muy suavemente.
- ROBERTA II -¿Es una chalana?
- JACOBO -A veces le gusta vivir en la montaña. No es bello.
- ROBERTA II -¿Es una casa de campo?
- JACOBO -Me hace reír.
- ROBERTA II -¿Es una cosquilla? ¿O una crítica?
- JACOBO -Grita y me rompe los oídos.
- ROBERTA II -¿Es un escándalo?
- JACOBO -Le gustan los adornos.
- ROBERTA II ¿Es un lechuguino?
- JACOBO -¡No!
- ROBERTA II -Le doy mi lengua al gato.
- JACOBO -Es un sombrero.
- ROBERTA II -¡Oh, quíteselo! ¡Quíteselo, Jacobo, mi Jacobo! En mi casa estará usted en su casa. ¡Tengo tantas cantidades como usted desee!
- JACOBO -¿De sombreros?
- ROBERTA II -No... de gatos... sin piel.
- JACOBO -¡Oh mi gato!

JACOBO -¡Mi gata, ¡Mi gatita!

ROBERTA II -Gato, gato, gato, gato, gato, gato, gato, gato.

JACOBO -Todo es gato.

ROBERTA II -Allí para designar las cosas sólo se emplea una palabra: gato. Los gatos se llaman gato; el número dos, gato; el tres, gato; el veinte, gato; el treinta, gato; todos los adverbios, gato; todas las preposiciones, gato. Así se hace fácil hablar.

JACOBO -Para decir: durmamos, querida...

ROBERTA II -Gato, gato.

JACOBO -Para decir: Tengo mucho sueño, durmamos, durmamos.

ROBERTA II -Gato, gato, gato, gato.

JACOBO -Para decir: Tráeme pasta fría, limonada tibia y nada de café...

ROBERTA II -Gato, gato, gato, gato, gato, gato, gato.

JACOBO ¿Y Jacobo y Roberta?

ROBERTA II Gato, gato.

Saca su mano de nueve dedos que había mantenido oculta bajo el vestido.

JACOBO -¡Oh, sí! Es fácil hablar... Ni siquiera merece la pena... (Ve la mano de nueve dedos en su mano izquierda? Es usted rica. Me caso.

La abraza torpemente. Besa las narices de Roberta II, una tras otra, mientras Jacobo, Padre, Jacobo, Madre, Jacoba, los abuelos; Roberto, Padre, y Roberto, Madre entran sin decir una palabra uno detrás del otro, contoneándose, en una especie de danza ridícula, penosa, y dan la vuelta alrededor de Jacobo, y de Roberta II, que permanecen en el centro del escenario, torpemente abrazados. Roberto, Padre, aplaude lenta y silenciosamente. Roberto, Madre con los brazos cruzados tras la nuca, hace piruetas y sonríe estúpidamente. Jacobo, Madre, con el rostro inmóvil mueve los hombros de manera grotesca. Jacobo, Padre se levanta los pantalones y camina en cuclillas. Jacoba sacude la cabeza. Siguen bailando, en cuclillas, mientras Jacobo, hijo, y Roberta II se acucillan también y se quedan inmóviles. Los abuelos, de una manera idiota, dan vuletas mirándose y sonriendo, y luego se ponen también en cuclillas. Todo esto debe provocar en los espectadores una sensación penosa, malestar y vergüenza. La oscuridad se intensifica. En escena los actores lanzan maullidos dando vueltas, gemidos extraños y graznidos. La oscuridad es cada vez más densa. Todavía se ve a los Jacobo y a los Roberto moverse en el escenario; Se oyen sus gemidos, sus suspiros, y por fin todo desaparece y se apaga. Poco después se enciende una luz gris. Todos han desaparecido, menos Roberta, acostada, o más bien acurrucada y oculta bajo su vestido. Sólo se ven su rostro pálido, de tres narices, que se bambolea, y sus nueve dedos, que se agitan como reptiles

-F I N-